

Una novela de éxito

NOVELA|**B**erenice



VICENTE MARCO

*Una novela
de éxito*



Berenice

©, VICENTE MARCO, 2022
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2022

EDITORIAL BERENICE
www.editorialberenice.com

Primera edición en Berenice: abril de 2022

Colección NOVELA

Director editorial: JAVIER ORTEGA
Maquetación: ALFONSO ORTI

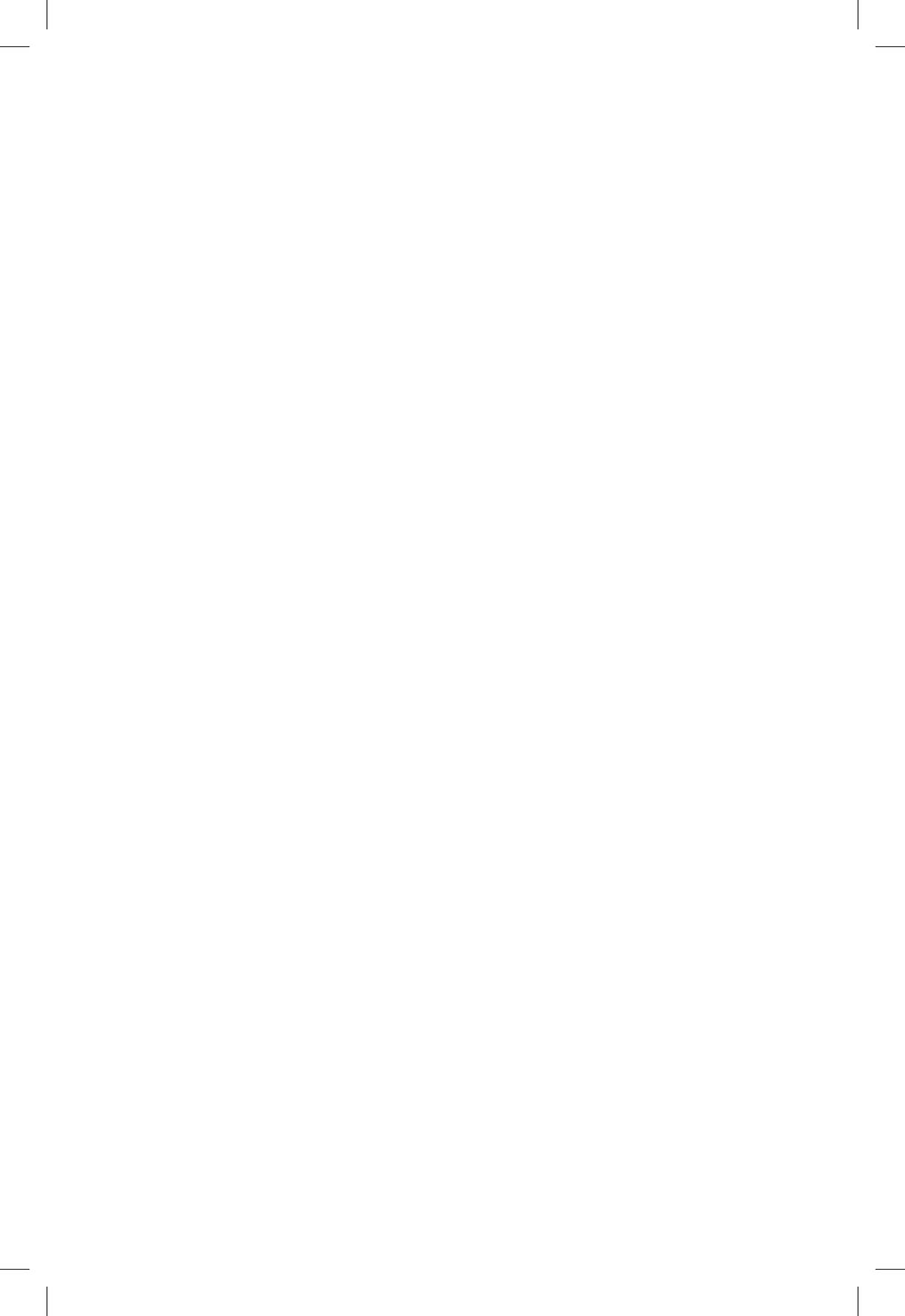
Impresión y encuadernación:
GRÁFICAS LA PAZ

ISBN: 978-84-18648-00-7
Depósito Legal: CO 161-2022

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España/*Printed in Spain*

A Carolina Huerga y en memoria de Enrique Tomás.
Ellos fueron en primera instancia quienes inspiraron esta obra.



Escucha mi relato, y cuando lo hayas oído, maldíceme
o apiádate de mí, según lo que creas que merezco.
MARY SHELLEY, *Frankenstein o el moderno Prometeo*



I

«¡Ah! No había mortal capaz de soportar
el horror de aquel semblante».

MARY SHELLEY. *Frankenstein o el moderno Prometeo*

No entraré en someras e irrelevantes descripciones de lugares o personajes y me limitaré a narrar solo eso que los jueces llaman «los hechos».

Comienzan una tarde cualquiera en la que un médico cualquiera alza unas radiografías cualesquiera, las observa al trasluz y luego dice «Está la cosa un poco regular», eufemismo con el que silencia el nombre de una grave enfermedad. Yo misma le pedí que así fuera. Fran nunca conocería el verdadero alcance del *eufemismo*, lo que me comunicaban los médicos en sucesivas visitas, a escondidas, entre pasillos atiborrados de gente somnolienta y ojerosa.

Le dieron la baja y seguía cobrando casi el mismo sueldo sin necesidad de pasar horas y horas en el taller de joyería donde trabajaba «jodiéndose la espalda», así que de repente se encontró con mucho tiempo. Ese tiempo que siempre había echado en falta mientras creaba la *gran novela de su vida*. Alta Literatura, con mayúsculas, la que originaría su... —así la denominaron los medios— *rutilante carrera literaria*.

Unos meses antes había recibido numerosas cartas de «su obra no encaja con nuestra línea editorial» y otras excusas similares, la había presentado sin éxito a premios en los que *un jurado incompetente* no había estado a la altura para apreciarla como debía, y siempre he creído que las sucesivas derrotas, que le agriaron el carácter y le robaron poco a poco la jovialidad, fueron la causa que originó su mal.

Trabajaba yo entonces en una compañía de seguros. Una de esas impersonales compañías con oficinas franquiciadas repartidas por el mundo. Apenas unas semanas antes se había incorporado un compañero joven que, a todas horas, hablaba de libros, revistas, actos, eventos... Él fue quien, cierta tarde, tras varias conversaciones provocadas —porque entonces ya andaba ciega, muy ciega, con la idea de dar una gran alegría a Fran, una alegría que quizá fuera la última—, me facilitó un contacto. No un contacto directo sino del conocido de otro conocido, pero sí un buen contacto, eso dijo. Un contacto con teléfono y una voz al otro lado. Un contacto de una muy buena editorial, al menos de las grandes. Y aunque no revelar el nombre suene a falsedad, lo cierto es que Fran llamó y le pidieron un pequeño dossier. Lo preparamos durante toda la tarde. Debía contener el título, la sinopsis, su *currículum* literario, las motivaciones que le habían llevado a escribirla, el interés comercial y el primer capítulo. En total, nos ocupó trece páginas.

Pasaron las semanas y no hubo respuesta. Fran perdió unos cuantos kilos y la verborrea. Sus conversaciones se redujeron a fugaces «sí», «no», a veces sin palabras, solo moviendo la

cabeza. Y pensé que aquellas últimas «sin noticias» lo habían sumido aún más en la desdicha, que se había resignado, y aquella era otra forma terrible, más terrible, de morir.

Siempre me he preguntado acerca de sus aptitudes. Y no me siento capaz de juzgarlo con objetividad, más allá del «muchas cosas peores se han publicado», sin desprenderme de nuestros sentimientos compartidos. Pero que fuera apto o no, me traía sin cuidado. Habíamos llegado a un punto en el que la legitimidad resultaba trivial.

Llamé al editor desde mi oficina. Varias veces, porque siempre andaba ocupado, en reuniones, de viaje, y creo que pasó casi una semana hasta que al fin me atendió. Me pidió la novela entera y le solicité una entrevista. Se mostró algo reacio. No se negó a recibirme, pero avisó de que no podría influir en la decisión de un ente etéreo llamado *consejo editorial* o *comité editorial*, no lo recuerdo bien.

Quedamos más o menos dos semanas después en la sede de la editorial, que yo, en mi ignorancia, había concebido como un imperio que empequeñece a sus visitantes cuando recorren numerosos pasillos previos a la inmensa sala en la que aguarda el terrible editor, sentado a la mesa, al final, girado de espaldas. No es que lo pensara así de ese modo tan explícito, pero me di cuenta de que más o menos me había forjado una idea similar en cuanto me encontré frente a él en un despacho funcional y acristalado.

Me ofreció asiento. Jugueteaba con un lápiz Staedler entre las manos. Calculé que sería de mi edad, cuarenta y pocos. También le había atribuido en mi imaginación una elegancia de la que carecía, y no soy capaz de resaltar ahora, cuando intento recordar nuestro primer encuentro, ningún aspecto que me llamara demasiado la atención, salvo los ojos mansos.

Consciente del valor de su tiempo, no quise robarle minutos innecesarios. Cuando empezó a decir aquello de «Hemos estudiado el dossier que nos remitió su marido y lamentablemente nuestra línea editorial...», espeté a bocajarro:

—Mi marido está enfermo. —El editor detuvo el movimiento del Staedler. Sin duda no esperaba algo así, de buenas a primeras—. Padece uno de esos cánceres que han pillado tarde. Y los médicos..., todos los médicos que hemos visitado, consideran que será un milagro si acaba este año con vida.

Pronunció varios «lo siento» y aguardó a que continuara.

—Su mayor ilusión, su única ilusión ahora, es que se publique la novela.

Tardó un tiempo en reaccionar. Dejó el Staedler sobre la mesa y abrió una carpeta azul. Pasó algunas páginas. Al fin dio unos golpecitos en la madera con el puño y me miró. Repitió que lo sentía. Añadió: «Mucho».

—Precisamente, como iba a venir usted, he agilizado los informes de los dos lectores.

Mostró entonces la hoja encabezada por el título de la obra. Un cuadro con anotaciones que no entendí demasiado bien salvo frases sueltas: «Escaso interés comercial», «Carente de un sólido conflicto», «Centrada en irrelevantes vivencias personales», «Confusa»... y señaló una casilla de apenas un centímetro al pie de la hoja. «Val. general» y debajo un «tres» y un «cuatro coma cinco».

—En estos momentos solo publicamos obras que, tras las primeras lecturas, superan el ocho y medio. Es nuestra apuesta literaria, pero cada editorial aplica un criterio en función de sus intereses.

Dijo «en función de» y recordé a Fran, protestando frente a la televisión cada vez que alguien lo decía. Ahora, uno de los

adscritos al «en función de», hablaba de la baja puntuación de su novela.

—No puedo ir al consejo editorial con esta propuesta. Es que no sé... Lo lamento, pero...

Le pedí que no se compadeciera de mí. No más «lo siento» ni nada por el estilo. No había dejado a Fran solo en casa para recibir «lo siento». Ya sufría bastante con los míos propios. Los que me martirizaban día a día cuando me enfrentaba a él, al deterioro constante de su aspecto.

—Puedo pagar —dije.

Alzó las palmas de las manos.

—No hacemos autoedición. Nosotros no...

—¿Qué entiende por autoedición?

—Pues que, de una u otra manera, un autor corra con parte o la totalidad de los costes de edición.

Le dije que manteníamos algunos ahorros provenientes de nuestro trabajo, y dado que la salvación de Fran devenía imposible, estaba dispuesta a gastármelos para cumplir sus ilusiones.

—Pero eso es autoedición y ya le dije que...

—No. No me entiende. No quiero pagar la publicación. Quiero pagar por todo lo demás. Compraré los ejemplares que salgan a las librerías. Todos si hace falta. Y compraré las revistas. Y compraré las reseñas. Y compraré las entrevistas. Y compraré las buenas críticas.

«Y compraré, compraré y compraré...». Ahora me siento ridícula al reconstruir el diálogo a partir del recuerdo. Me veo allí, frente a aquel hombre exangüe, repitiendo el «compraré, compraré, compraré» como si fuera yo la poderosa, y no la gigantesca editorial.

Dio una palmada con la que, sin duda, intentó zanjar nuestra conversación. Dijo:

—No es mala idea para una novela.

Respondí con una frase rimbombante:

—No es mala idea para salvar a un hombre.

Seguramente pensó que no se trataba de salvarlo, sino de darle una última alegría o algo parecido. Sonrió.

—En serio. No funcionaría en la realidad. Es inviable. Una locura. No puede imaginar lo que costaría. Habría que organizar una red que se encargara de adquirir los libros en cuanto salieran al mercado. Una red de compradores que los adquiriera poco a poco... Y es imposible mantener en secreto algo así. A los cuatro días se habría enterado todo el mundo. El primero, su marido. Y nosotros saldríamos en todos los medios por montar una chapuza semejante.

—Usted no tiene que montar nada. La editorial no debe montar nada. Solo ha de publicar.

Se quedó callado un instante más.

—De verdad, es absurdo. Créame. Lo digo por usted. Y por mí, por mí también. Si propusiera una barbaridad como esta se echarían a reír o pensarían que se me ha ido la cabeza.

Se levantó para dirigirse hacia la puerta y como no me moví de la silla, resopló de nuevo. Habló más y más, hasta que dijo:

—Mire, voy a poner su idea «negro sobre blanco» y luego, cuando vea de qué estamos hablando, la analizamos, ¿de acuerdo?

Supuse de inmediato que pretendía desanimarme. Que comenzaría a evaluar los costes de distribución, el precio del silencio, de la faraónica estructura, hasta concluir en una cifra inalcanzable. Una cifra que me desalentara, me alejara sumisa y derrotada.

Salió del despacho y regresó al instante al lado de un hombre pequeño, inquieto, con gafas, al que presentó como contable. Le contó lo que yo pretendía. No mencionó lo del cáncer de Fran, así que, tras la explicación, el contable pudo soltar sin reparos una risa, coherente colofón a mi locura. Después se adentró en la hoja sin demasiado entusiasmo, bosquejó cifras y letras.

—Dilo, dilo en voz alta —le conminó el editor.

—Es que resulta un poco complicado. Habría que pagar a una persona en cada plaza. Por lo menos uno por provincia. Y eso... —El editor forzó una mueca de fastidio y me miró. Un gesto de satisfacción, de «Ya se lo dije, señora», que disfrazaba con aquel «No va a poder ser, qué lástima». El contable proseguía—: Si, además, añadimos anuncios, reseñas, distribución en lugares preferentes, la compra de los libros que...

El editor se impacientó con tantas explicaciones y con un tono de voz que demostraba su superioridad jerárquica sobre el contable, lo interrumpió.

—¿Cuánto, cuánto calculas, así, por encima, que costaría recomprar por ejemplo ocho ediciones? Porque menos de ocho... Vamos, di. No es necesario afinar. Bastará con una cifra aproximada.

Pensé que no harían falta tantas ediciones. Que, si entre una y otra mediaban por ejemplo dos meses, el tiempo de Fran se agotaría mucho antes. El contable se rascó el cogote, chupó el bolígrafo. Al fin, después de varias tachaduras y de reparar las sumas, escribió una cifra que rodeó con un cuadrado.

Aquella imagen ha quedado grabada en mi memoria como los distintivos con los que marcan a las reses y que perduran a veces en la carne dentro de las bandejas del supermercado.

Supuso una manera elegante de largarme. Me habría encantado replicar que el coste no importaba, que lo asumía porque no iba a permitir que Fran se marchara sin su regalo final, pero nuestros ahorros alcanzaban a lo sumo para cubrir las dos primeras ediciones y cuando se lo dije al editor de ojos mansos alzó las palmas de las manos y sentenció: «Con eso no tendrá el impacto que usted espera», lo cual ya suponía bastante argumento para convencerme, aunque de todos modos añadió: «Y aunque dispusiera de todo el dinero del mundo, el consejo no autorizaría la publicación sin que se cumplieran los estándares de calidad». Esta vez recurrió a los socorridos «estándares» y a la calidad, y recordé las evaluaciones de los editores y el ímpetu con el que Fran la había escrito, sus ojos chispeando sueños, la constancia, la seguridad de que estaba creando una obra maestra, la novela que ninguna editorial podría rechazar.

Anduve por la calle barruntando soluciones absurdas que llovían del cielo en un desesperado intento de apagar el fuego de la angustia. Algunas resultaban remotamente posibles. Como crear uno de esos grupos de *crowdfunding* en los que se expone el problema y la gente aporta donativos. Alcanzar la cifra pretendida parecía utópico, pero la principal dificultad en todos los casos, estribaba en mantener el secreto: no desvelar el destino de los fondos. Así que el camino de vuelta se me antojó larguísimo y arrastré el dolor de la impotencia hasta casa.

Cuando llegué, Fran se había acostado.

—¿Cómo te encuentras?

Y respondió:

—Así, así.